

JX

LA SEGUNDA CAMPAÑA. EL CAMINO HACIA LA CAPITAL

En esta época la actividad del caudillo apenas es creíble, si se tiene en cuenta que muchos y graves incidentes pudieron no sólo entorpecerlo, sino cortar su camino brutalmente. Primero, la prisión de Hidalgo, Allende y sus compañeros, que llegó a su conocimiento por una correspondencia interceptada. Esta desgracia, de consecuencias fáciles de presumir, tuvo que ser ocultada a las tropas para evitar la desanimación. Más tarde, la formación de la Junta de gobierno, presidida por don Ignacio López Rayón, que se titulaba capitán general de todos los ejércitos americanos, presidente de la Suprema Corte y ministro universal de la nación, comenzó a dar a conocer a Morelos las complicaciones de la política. La mencionada Junta designó posteriormente a Morelos como cuarto vocal de la misma; pero ya veremos cómo el núcleo insurgente manejado por Rayón fue para el héroe motivo de choques y serias dificultades.

El primer obstáculo creado indirectamente por Rayón fue el conflicto interno suscitado entre las tropas de Morelos por Tabares y David Faro.

El capitán Mariano Tabares, que favoreció la sorpresa de Paris en su campamento de Tres Palos, y el norteamericano David, prófugo de la fortaleza de Acapulco y afiliado entre los insurgentes, recibieron una comisión de Morelos, no conocida con precisión, y que vagamente tenía por objeto entablar relaciones con el gobierno de los Estados Unidos. Los comisionados encontraron en su camino a Rayón, quien los hizo retroceder a Zitácuaro y les confirió los grados de brigadier a Tabares y de coronel a David, con lo que regresaron al campo de Morelos con pretensiones de ser reconocidos y confirmados en sus

nuevos empleos. Morelos negó la ratificación de tales grados. El des-
pecho de Tabares y David los impulsó a organizar una especie de
motín, excitando a los pueblos de la costa en contra de los blancos y
de los propietarios, y sorprendiendo, en combinación con un insurgente,
Mayo, a don Julián de Avila, que mandaba en el punto de El Veladero.
Se incautaron del mando de las tropas de Avila y aprehendieron al in-
tendente nombrado por Morelos, don Ignacio Ayala. Se iniciaban, por
tanto, una guerra de castas y el desorden militar, destructores de las
ventajas obtenidas por los independientes. Morelos evitó enérgicamente
estos peligros, marchando con las dos compañías de su escolta al lugar
del motín. Restableció el orden en El Veladero, y Tabares, David y
Mayo pagaron con la vida su asonada. J

Al atender a tantas y tan graves exigencias, Morelos tenía en sí
mismo mayores obstáculos para su actividad. Aunque era un hombre
robusto y resistente, la edad del vigor máximo empezaba a perderse
para él. Los trastornos de salud, que en lo más recio de su primera
campana lo hicieron buscar reposo en Tecpan, no dejaban de afligirlo.
En la marcha rápida que emprendió para reprimir las intentonas de
Tabares llegó a sentirse tan enfermo que le administraron los Santos
Sacramentos. A pesar de ello, al día siguiente continuó la marcha, y
a las ocho leguas de la jornada, la bestia que lo conducía cayó, arras-
trando a su jinete, lastimándole con tal dureza una pierna, que un
mes más tarde todavía le molestaba el trote de su cabalgadura. Des-
pués las fiebres palúdicas, y amenazas de otro género vinieron a re-
forzar el cerco que la naturaleza y los hombres tenían puesto a su vida.

Le llegaron avisos de que se pretendía asesinarlo. Por noticias
fidedignas, supo que dos hombres que se le presentarían como armeros,
abrigaban siniestros propósitos. Continuó recibiendo nuevas denuncias,
y hasta Rayón lo puso en guardia en contra de un proyectado enve-
nenamiento; pero él no se preocupaba por aquel peligro emboscado,
obscuro e invisible, y contestaba hasta con burla los repetidos avisos.

Léase cómo cuenta don Julio Zárate estos incidentes:

"Recibió Morelos un correo que le envió un padre Alva, resi-
dente en México, avisándole que dos hombres habían salido de aquella
ciudad con el propósito de envenenarle, y que debían presentársele en
calidad de armeros, ofreciéndole como tales sus servicios. Llegaron
aquellos dos hombres, cuyas señas coincidían con la filiación transmi-
tida por el padre Alva; ordenó el caudillo que los aprehendiesen y los
condujeran al presidio que tenían en Zacatula; mas algún tiempo des-
pués los llamó a su lado y los colmó de favores.

Pocos meses habían transcurrido después de este suceso, cuando Morelos recibió una nota reservada de Rayón, en la cual éste le participaba que tenía noticias fidedignas de que entre las personas de la particular confianza del caudillo había uno cuyo nombre ignoraba el autor del aviso, pero cuyas señas eran ser un hombre grueso, barrigón, quien tenía ofrecido entregarlo al virrey. Morelos se contentó con escribir por respuesta: "Aquí no hay más barrigón que yo, no obstante que mis enfermedades me han devastado."

A pesar de todo, Morelos pudo estar listo para entrar en campaña en los primeros días del mes de noviembre de 1811.

Las tropas insurgentes se dirigieron sobre Tlapa, y como la guarnición realista se retirara sin combatir hacia Oaxaca, la población fue ocupada sin resistencia.

El español don Mateo Musitu, rico propietario y soldado improvisado, que ya había combatido con éxito a las partidas insurgentes que hicieron incursiones bajando del valle de Toluca hacia la tierra caliente, se decidió a esperar a los rebeldes en Chautla, fortificando su residencia y el edificio destinado a convento. Musitu se jactaba de destrozar a los insurgentes, y puso por nombre a un cañón Matamorelos. La suerte no secundó sus esperanzas, porque Morelos cayó sobre Chautla rápidamente, sin más tropas que los 100 hombres de su escolta y numerosos indios flecheros, utilizados sólo como auxiliares. Seguro de encontrar simpatías entre la guarnición de Chautla y confiado en la decisión de su escasa gente, asaltó Morelos los puntos fortificados y logró ocupar muy pronto las posiciones enemigas. Todos los españoles que hacían de jefes, entre ellos Musitu, fueron hechos prisioneros, y aunque el rico español ofreció 50,000 pesos por salvar su vida, Morelos no aceptó la proposición y lo mandó fusilar.

Entonces dividió el jefe insurgente su efectivo en tres cuerpos: uno, mandado por don Miguel Bravo, quien llevaba como tenientes a Valerio Trujano y a Avila, destinado a operar sobre la ciudad de Oaxaca; el segundo, a las órdenes de Galeana, que debía dirigirse hacia Taxco, y el tercero, a las órdenes directas de Morelos, libre para atacar el punto que indicara la situación.

La columna de don Miguel Bravo fracasó en sus intentos y fue batida por Paris en Ometepepec.

La división de Galeana, que recibió como refuerzos al enviado de la junta, Ignacio Martínez, titulado mariscal, y a sus pocos hombres, ocupó el pueblo de Tepecoacuilco, después de breve resistencia. El comandante Mariano García Ríos se defendió con mejor voluntad

y más firmeza en Taxco; pero al fin fue obligado a capitular, después de ser gravemente herido.

Morelos, por su parte, entró en Izúcar sin combatir, y a los dos días de llegado, el 12 de diciembre, con motivo de la solemnidad de la Virgen de Guadalupe, predicó el sermón en la parroquia del lugar.

Inmediatamente volvió a ser guerrero, y con la ayuda del cura de Jantetelco, don Mariano Matamoros, que se le unió en Izúcar, comenzó a poner la plaza en estado de defensa.

Para atacar a Morelos, dejó sus posiciones la división realista de los Llanos de Apan y se dirigió sobre el enemigo, al mando del teniente de fragata Miguel de Soto y Macedo. Los insurgentes esperaban el refuerzo que debían llevar don Leonardo Bravo y su hijo don Nicolás, desprendidos con este objeto de la columna de Galeana. Los jefes realistas, que supieron la aproximación de este auxilio, decidieron obrar con celeridad, y después de un reconocimiento preliminar verificado el 10 de diciembre, intentaron el asalto de Izúcar divididos en dos columnas, una al mando del teniente de fragata Pedro Micheo, que atacó la derecha insurgente, y la otra al mando de Soto, que dirigió sus esfuerzos por el frente. El ímpetu del asalto permitió a los españoles llegar hasta el centro de la población, donde tuvieron que detenerse ante los puntos más seriamente fortificados, resultando al fin rechazados y el jefe Soto gravemente herido. Lo sucedió en el mando el capitán Mariano Ortiz, quien dispuso desde luego la retirada, en la que perdieron dos cañones al ser envueltos por la retaguardia. Ortiz intentó recuperar las dos piezas de artillería, pero fracasó en su intento, perdiendo la vida. El teniente Micheo dirigió la retirada desde este momento, y la división pudo llegar el 19 a Cholula, con una pérdida de más de la mitad de su efectivo, casi deshecha y desmoralizada por la muerte de dos de sus jefes principales, porque Soto y Macedo falleció en Cholula por las heridas que recibió en el asalto en Izúcar.

Aunque Morelos pudo entonces atacar a Puebla, tuvo sin duda en consideración la probable resistencia de una gran ciudad de tanta importancia y de tan grandes elementos, y más aún el peligro que corría dejando a su espalda enemigos todavía temibles. Encomendó a don Vicente Guerrero la custodia de la plaza de Izúcar y marchó sobre Cuautla; y sin detenerse más que tres días en este lugar, donde quedó de guarnición don Leonardo Bravo, se dirigió hacia Taxco. Al pasar por la hacienda de San Gabriel, recogió seis cañones que abandonaron al huir las tropas formadas por criados y dependientes de don Gabriel Yermo.

En Taxco, el mariscal Martínez, enviado por la Junta en auxilio de las tropas de Morelos, pretendía, por su título, asumir la autoridad y repartir a su gusto el botín, y tanto por esto como por su deseo de atribuirse la mayor parte del triunfo, tuvo serias dificultades con Galeana. Morelos resolvió este conflicto desvaneciendo las pretensiones de Martínez, principalmente en lo relativo a las armas de fuego, que quería apartar para su gente, y que para Morelos eran de capital importancia. Su presencia modificó también desfavorablemente la situación de los vencidos, que la generosidad de Galeana había salvado hasta entonces, ampliando en beneficio de los soldados realistas presos, la capitulación celebrada después del asalto entre los jefes insurgentes y el cura del pueblo. Morelos no juzgó amparado por esta capitulación al comandante García Ríos, y excitado tal vez por la anterior conducta sanguinaria de este jefe, lo hizo fusilar, a pesar de estar gravemente herido, en unión de algunos de sus subordinados y residentes europeos.

Entretanto, la presencia del caudillo era solicitada en el valle de Toluca, donde numerosas y desordenadas partidas insurgentes, restos de la enorme masa que arrastró la influencia de Hidalgo hasta el Monte de las Cruces, se batían en lucha desigual y desafortunada contra las tropas realistas. El más distinguido de este grupo de independientes, Oviedo, ya había sido derrotado por el jefe realista Porlier, y desalojado de Tenango y Tenancingo. En este último punto se encontraba Porlier cuando comprendió que Morelos se acercaba en auxilio de Oviedo, y sintiéndose amenazado, pidió refuerzos al virrey, quien dispuso que Calleja marchara en su socorro, con tropas del ejército del centro. Por causas que estudiaremos más adelante, Porlier no recibió el auxilio de Calleja, y sólo llegaron a aumentar sus filas los criados y dependientes de don Gabriel Yermo, mandados por don José Acha, y que, a pesar de no ser soldados de línea, eran elementos de importancia por su valor y decisión.

La vanguardia insurgente de las tropas de Morelos, mandada por Galeana, apareció en el valle de Toluca a mediados de enero de 1812.

El 17 del mismo mes encontró Galeana al enemigo fortificado en las barrancas de Tecualoya. Su ardor impetuoso lo hizo aceptar el combate en condiciones desventajosas, y al principio de la acción tuvo que abandonar el terreno, con pérdida de su artillería y muerte del insurgente Oviedo; pero al retroceder hasta la población se hizo fuerte en ella y logró rechazar los ataques realistas.

El 22 de enero se presentó Morelos frente a Tenancingo, y desde luego inició el asalto, que duró hasta el día siguiente; Porlier com-

prendió su peligrosa situación, y a las diez de la noche comenzó a retirarse, incendiando al salir una parte del pueblo. En el combate murió el teniente de navío Francisco Michelena, y, aparte de esta pérdida, los realistas dejaron toda su artillería, llegando Porlier el día 24 a Toluca con los despojos de su división.

Sólo tres días descansó Morelos en Tenancingo, y salió para Cuautla, ocupando a su paso Cuernavaca y las haciendas vecinas, entrando en aquella población el 9 de febrero de 1812.

Estos puntos de historia militar reclaman más explicaciones. El distinguido historiador don Luis Chávez Orozco trata el asunto concienzudamente:

“¿Por qué Morelos, una vez aniquilada la fuerza de don Rosendo Porlier en Tenancingo, no marchó sobre Toluca para adueñarse del paso más accesible que conducía a México? Según el aspecto que tomó la campaña, después de la toma de Taxco por Galeana, se advierte que Morelos tenía fijos sus ojos en Toluca. Sin embargo, en las declaraciones que rindió en el proceso que le instruyeron, dijo que su marcha sobre Tenancingo obedeció sólo a la idea de proteger a Oviedo, que en el cerro de Tenango se hallaba seriamente amenazado por las fuerzas de Porlier, y al propósito de desalojar estas mismas fuerzas del pueblo de Tenancingo. Con todo, no es fácil creer que a eso se concretaron las miras del caudillo, pues nadie como él podía juzgar la importancia que tenía para sus designios el apoderarse de Toluca.”

Se han dado distintas explicaciones para dilucidar este punto oscuro de la vida militar de Morelos. “No se sabía a qué atribuir —dice don Lucas Alamán— por qué Morelos no emprendió seguir a Porlier a Toluca y apoderarse de aquella ciudad; creyóse fuese por saber que Calleja estaba en marcha con su ejército, o por su predilección a la tierra caliente, que le proporcionaba grandes ventajas; pero por su correspondencia con la Junta retirada a Tlalchapa se ve que el motivo fue el proyecto de marchar sobre Puebla, de cuya ciudad estaba tan seguro de hacerse dueño que, habiéndole manifestado Rayón, en nota del 28 de enero, su deseo de verlo y conocerlo personalmente, le contestó que esto no podría ya ser hasta Puebla.”

Si la respuesta de Morelos a la carta de Rayón estuviese fechada antes de la toma de Tenancingo, podría aceptarse como buena la explicación que da Alamán; pero como es posterior a ella en varios días, puede creerse también que el designio de marchar a Puebla nació en Morelos cuando supo la proximidad de Calleja y su ejército del centro.

Don Felipe Benicio Montero, escritor coetáneo de los sucesos, dice que, derrotado Porlier en Tenancingo, ordenó Morelos al coronel don Gabriel Marín que persiguiese a los fugitivos, y que así lo hizo, con una partida numerosa de caballería, hasta los alrededores de Toluca. Agrega después que en Metepec no sólo le dieron a Marín la noticia de que Calleja estaba entrando a Toluca, "sino que casi por las polvaredas vieron el rumor de que venía de derrotar a los Rayones en Zitácuaro, y que era la fuerza que traía como hasta el número de 5,000 hombres; con esto se volvió el coronel Marín a acampar a Tenango del Valle, y el capitán don José Rafael Sánchez siguió su marcha para Tenancingo, a dar parte al señor Morelos que ahí iría Calleja a atacarlo y que pudiera mejor pasar a Cuautla, ordenó la marcha para este punto..."

El historiador don José Luis Mora dice, después de relatar la retirada de Porlier a Toluca, que "esta ciudad tampoco habría podido sostenerse sin la aproximación del ejército de Calleja, que el Virrey, después de la toma de Zitácuaro, hacía venir a México, para contener a Morelos, cuyas fuerzas se aproximaban por oriente, poniente y sur sobre la capital, batiendo a cuantas divisiones se les oponían. La división de Galeana, que apenas llegaría a 1,000 hombres, aunque había acabado con las tropas de Porlier, se hallaba con bajas considerables, consecuencia precisa de triunfos que no habían podido obtenerse sino con algunas pérdidas en este estado nada se podía emprender contra Calleja."

A nuestro juicio, lo mismo que después de su triunfo en Izúcar, Morelos tuvo oportunidad de perseguir a los restos enemigos hasta su refugio. No se dirigió sobre Toluca, donde buscó amparo Porlier, por las mismas razones que no le permitieron atacar a Puebla. En esta ocasión tenía mayores inconvenientes: a consecuencia de una caída que sufrió en Izúcar, su salud se resintió tanto que no pudo asistir personalmente, como era su costumbre, al asalto de Tenancingo el primer día de la acción, y el segundo dirigió las operaciones sin poder moverse de una caja de parque, donde se mantuvo sentado; sus tropas, formadas por gentes de climas cálidos, tenían que sufrir las consecuencias del cambio de ambiente, sin que aún terminara el crudo invierno del valle de Toluca, y, por último, sus planes militares lo empujaban hacia Puebla, como era al principio su deseo, y después a Cuautla, que debía ser teatro de tan grandes sucesos, mientras que su expedición sobre Tenancingo puede considerarse como accidental dentro del plan de campaña.

En esta segunda campaña de Morelos se admira el desarrollo de sus instintos guerreros. En la primera fase de la campaña, que termina con la llegada a Cuautla, donde comienza la segunda fase, se ve cómo la estrategia se hace más vasta y abraza regiones mucho más extensas y pobladas, sin que se olviden la audacia y los alardes de valor personal. Tres columnas separadas operan en distintos rumbos simultáneamente y se reúnen después de cumplir su cometido, y se emprende una expedición de auxilio, que si la marcha política de los sucesos hubiera seguido el mismo camino de éxitos que la situación militar, habría sido, sin duda, el primer paso para la unificación de todos los elementos insurgentes que después se intentó en vano concentrar.